

## EL DEDO EN LA LLAGA<sup>59</sup>

Corren entre la juventud de hoy frases y conceptos que producen pavor en el ánimo.

Alguien sorprendió esta conversación entre estudiantes:

“¿Y por qué he de ser honrado? Si todos especulan, si todos trafican, si todos roban en los puestos públicos, en la política y en otras actividades, ¿por qué yo no he de hacer lo mismo llegado mi turno? Sería un imbécil si no lo hiciera.”

Declaraciones como éstas, no son raras por cierto. Muchos jóvenes envenenados por el ambiente y atraídos por la fascinación de una vida fastuosa y abundante en placeres, consideran la probidad y la rectitud cosas del pasado, niñerías en que sólo creen los viejos, y desde antes de salir de las aulas o de poner el pie en el mundo de los negocios, se preparan fríamente a ser como ellos ven que son muchos de sus mayores.

El contagio de la corrupción de la avidez y del ansia de lucro tiene que ser fatal en seres a quienes en ese sentido empujan también las modernas “ideologías” y modalidades doctrinarias.

El materialismo, el escepticismo, y el esnobismo, y de igual modo la frivolidad y la ligereza, contribuyen a crear un ambiente en que los imperativos categóricos de la moral no tiene cabida.

“Soy hombre de mi tiempo —se dice hoy—, pertenezco a mi siglo, y como tal tengo que hacer lo que los otros hacen y pensar y sentir como los demás piensan y sienten”.

Y como los demás —y sobre todo muchos de los que en la sociedad y en la política marcan el paso y fijan el camino— carecen de escrúpulos y sólo tiene un objetivo: ascender y ascender siempre, en la escala de la fortuna, de la riqueza y del poder; lo mejor será imitar a los que ya están en la cúspide o a ella rápidamente se acercan.

59 *El Universal*, 24 de junio de 1942.

¿Por qué asombrarse entonces de que la juventud, empujada por semejantes guías, sin una educación sólida, sin frenos morales y sin respeto alguno a tradiciones que se le ha enseñado a ver con desdén, se precipite al asalto de la felicidad, de la opulencia y de las encumbradas decisiones, con un frenesí y una avidez que no encuentran el contrapeso de convicciones arraigada o de hábitos previamente adquiridos?

Al contemplar, por lo mismo, los estragos de esas morbosas propensiones han hecho ya, primero en las filas de la generación revolucionaria y luego en las filas de la siguiente no nos queda a los hombres de responsabilidad y experiencia otro recurso que el de refugiarnos en el porvenir, procurando por todos los medios que estén los frutos que el presente no ha podido dar.

De ahí que quienes conservamos incólume la fe en los patrios destinos, apoyemos con toda energía a cuantos propugnan, dentro o fuera del gobierno, por purificar el ambiente, librándolo de esas pútridas emanaciones que brotan de la baja concepción de la vida que la conducta de muchos poco a poco se ha ido imponiendo.

Para nosotros, en consecuencia, es digna de elogio y de estímulo la noble actitud del Secretario de Educación, que exponiéndose a los dicterios y calumnias del comunismo semiderrotado, hace no obstante, nobles y viriles esfuerzos para encausar en forma de vida el espíritu de las nuevas generaciones.

“En México, duro es confesarlo —expresa sin vacilaciones Véjar Vázquez— muchas de las virtudes tradicionales han muerto. Un áspero materialismo ha minado la moral colectiva: una desordenada inclinación a los bienes inmediatos ha destruido la voluntad de los hombres. La conducta humana parece orientarse en los últimos tiempos, hacia el goce pasajero que enferma el alma y diluye el carácter.”

De ahí una necesidad imperiosa: la de “reconstruir moralmente el país, la de fortalecer lo que en el individuo es perdurable”

Pero Véjar Vázquez no es iluso. Es realista, y a fuerza de tal huye del error de suponer que la escuela en ese sentido lo pueda todo. Proclama a la inversa, la superioridad del hogar para la formación del alma del niño; reconoce la necesidad de hacer marchar en armonía la familia y la escuela, “ya que nada hay tan fecundo como el recíproco influjo y la plena inteligencia entre ambas”.

“Si algún alivio existe para los males del presente, se haya en el retorno a los sencillos principios y costumbres del hogar tradicional, en que el padre protege y resguarda de los peligros externos, pero es la madre quien preside la vida íntima y con amor resuelve los problemas interiores de la familia.”

En esto no cabe discusión. Solo la madre tiene esa amorosa destreza y esa mágica sugestión que son indispensables para infundir al hijo el espíritu cristiano de bondad y de misericordia, de generosidad y de abierta disposición para el sacrificio y para el desprendimiento en obsequio de la colectividad y del prójimo; y solo ella posee la aptitud para inspirar a la hija las sutiles, las delicadas virtudes de la continencia y de la castidad, del recato y del pudor, sin las cuales la mujer, al perder su prestantia, cae lastimosamente de su trono.

Sólo la madre puede enseñar, desde la cuna, a sus hijos y a sus hijas ese acatamiento a los mandatos y a los designios de un ser Supremo, sin el cual los hombres, como individuos y como grupos, se hunden en las más espantosas catástrofes.

La escuela por lo tanto, necesita del hogar, y éste de aquélla.

El Secretario de Educación está, pues, en lo justo cuando llega a las siguientes irrefutables conclusiones.

“Sólo padres y maestros, con esfuerzo tenaz y coordinado, pueden realizar una obra completa, total... es urgente cimentar una escuela que no vea en la madre un factor de ignorancia sino de colaboración importante porque toda madre, aun la más humilde sabe dirigir al hijo invariablemente por los senderos del bien, de la lealtad y del amor; una escuela que enseña a amar a los mexicanos sin distinción de credos, de partidos o de clases, una escuela en que la dedicación y el ejemplo de los profesores sean elementos determinantes en la educación de los niños y en la que éstos aprendan cuanto deben al pasado y cuanto al presente para que, a su hora, paguen esa deuda contribuyendo a conservar y, en la medida de sus fuerzas, a acrecentar el acervo del progreso realizado.”

Esas son las tendencias por la que los padres de familia, sin excepción alguna, vienen luchando instintiva o conscientemente desde hace muchos años, y por lo mismo, si el gobierno continúa sin vacilaciones apoyándolas, hasta que se conviertan en hechos dos resultados se habrán obtenido: satisfacer el anhelo nacional y salvar la niñez y la juventud de muy grandes peligros.

Y al mismo tiempo, la revolución tantas veces detenida en su camino o torpemente apartada de él, vislumbrará al fin destellos de luz y de esperanza.